

A lo largo de todas estas coyunturas el papel de Indira Gandhi ha ido adquiriendo caracteres de protagonista. Y no han sido menores las «tentaciones de violencia» que ha tenido que superar en su acción social y política interna cuando, ya ministro o primer ministro, ha tenido que enfrentarse repetidamente a resistencias y reacciones empecinadas de diversos estamentos indios, egoísticamente míopes, fanáticos y anclados en absurdos del pasado o cerrilmente pasados a la imitación servil de lo extranjero, cuando no vendidos a los intereses o ambiciones del mismo. En este sentido puede afirmarse que pocos guías de pueblos han puesto en práctica la sensatez, equilibrio, paciencia, tolerancia y riguroso respeto a la constitución y a las leyes establecidas que ella ha demostrado.

Respetando escrupulosamente, igual que su padre y que Shartri, el espíritu de la Madre India y del Mahatma Gandhi, Indira se ha lanzado a la acción con mayor decisión y prontitud que sus predecesores, ateniéndose a lo esencial y primordial de cada situación. Se ha granjeado así la enemistad de políticos de tercera fila o politicastros, pero también la veneración y apoyo masivo del pueblo: las recientes elecciones, una vez más, las ha ganado *ella* más que el partido que la enmarca. Ha llegado a ser así una de esas pocas superfiguras históricas que llenan por sí solas todas las instituciones del país y que, respetándolas escrupulosamente (ahí está la paradoja), imponen su personalidad por encima de los cauces normales. ¿Razón de todo ello? Su entronque directo y constante con el pueblo y su plena autoidentificación con los intereses y miras consustanciales del mismo. Modelo señero de todo lo indio en sus mejores esencias y en su reciedumbre serena de siglos, su gran personalidad sobrepasa incluso los límites de lo nacional—que es un continente.

Disiento profundamente de Mao («demasiado político para ser mujer y demasiado mujer para ser político»). Al revés: su condición de mujer (hija; esposa y viuda; madre; hermana y amiga de todas las mujeres indias) es la que le ha dado ese tino especial, esa supersensatez de lo sencillo y directo, esa frialdad reflexiva y apasionada por la acción; esa asombrosa capacidad de equilibrio y síntesis de factores y tendencias superheterogéneas y contrapuestas.

Le aguarda una tarea de colosos. La respaldan millones de esperanzados desheredados. La acechan mil trampas y maquinaciones desde dentro y fuera de sus fronteras y muchos frenos e impotencias en las estructuras de su nación. La tentación de la violencia sigue siendo el máximo riesgo para ella, para su pueblo y para todos los «terceros mundos» de nuestros días. Deseamos larga vida política y plena eficacia y acierto a esta gran madre de los pobres.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

CHANCHARD, Paul: *Trabajo, diversión e higiene mental*. Fax, Madrid, 1970. 231 págs. (Trad. J. M. Bernáldez Montalvo.)

El especial valor de esta obra consiste en ser como el manual de la sensatez en un mundo de técnicas y planificaciones muchas veces insen-

satas, que implican frecuentemente grandes éxitos estadísticos pero en las que el «paciente» (el hombre y lo humano) casi siempre termina mal. «Aprendices de brujo» llama P. Chanchard a ciertos técnicos y especialistas con razón y conocimiento de causa, pues él mismo es técnico y especialista (neurofisiólogo). A fuerza de sensatez y cordura él ha sabido emerger de su especialidad (como nuestros Marañón, Laín Entralgo, López Ibor, Rof Carballo, etc.) y consagrarse como gran figura del humanismo.

«Conócete a ti mismo» y «hazte lo que eres», decían los grandes pedagogos y humanistas de la antigüedad clásica, concentrando en sus máximas siglos de experiencia y toneladas de sensatez y sentido común práctico. Esos mismos son los axiomas de Chanchard, pero avalados por los profundos conocimientos que él posee en los dominios de la antropología, la psicología, las ciencias y artes médicas y todas las humanidades. Y por un acuciante y atravesado sentido cristiano («crístico», habría que decir, siguiendo a su gran maestro y admirado inspirador, Teilhard de Chardin) del hombre y de la vida, que le permite ver lo esencial, lo directamente importante en este mundo supercomplejo con la misma lucidez con que lo veían Teresa de Avila y Teresa de Lisieux. Se trata, repite el autor, de aprender a *explotar* las posibilidades de *nuestro cerebro* en cada momento.

Trabajo y ocio, dirá Chanchard, sólo son auténticamente valiosos y rentables cuando los realizamos en un clima de autodomínio o nos ayudan a lograrlo, superando las enfermedades del progreso (hacinamientos antihumanos, ambientes enrarecidos, psicosis y nerviosismos, consumismos esclavizantes, etc.) y convirtiendo en auténticamente humanos (cobeneficiosos para todo el hombre y todos los hombres) los adelantos y logros positivos de las técnicas y los técnicos.

Chanchard nos detalla incluso los métodos y prácticas más indicados en cada momento para restablecer y perpetuar el equilibrio interno y para que nuestra conducta y acción en el mundo sean lo más rentables posible, para nosotros mismos y nuestros vecinos, incluso a nivel religioso-sobrenatural. Obra excepcional desde todos los puntos de vista.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

DE ALEJANDRO, José María: *La Lógica y el Hombre*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1970. 423 págs.

El profesor de Filosofía de la Universidad de Comillas, P. José María de Alejandro, autor de una *Gnoseología*, de la que nos hemos ocupado ya en otra ocasión, aporta ahora, con el libro que presentamos, una nueva y valiosa colaboración al estudio, siempre actual, de la Lógica en sus concepciones clásicas y en las modernas versiones contemporáneas, haciendo ver lo que permanece de aquéllas y la indudable innovación de algunas concepciones de nuestros días, señalando agudamente lo que no es tan nuevo como se cree y lo que no puede negarse como contri-